

hacia marchar ántes de amanecer á los de armadura pesada, despues á la infantería ligera, y la última á la caballería; de modo que al fin del día pudiesen hallarse todos reunidos, procurando además sostener el valor de los soldados con frecuentes sacrificios de víctimas á la Divinidad.

Así, entre privaciones, molestias y traiciones, consiguieron volver á ver el mar, imagínese con qué alegría; y despues de un año de marcha, llegaron á Trebisonda, ciudad amiga, donde cumplieron el voto que habian hecho á Júpiter libertador. Cuando Jenofonte (muerto Queirisofo) entró en Partenia de Grecia, no contaba mas que con seis mil compañeros, ennoblecidos por las fatigas pasadas y por el valor con que las habian sobrellevado, y que daban á entender claramente en sus mismos padecimientos, cuánta ventaja alcanzaban unos pocos guerreros disciplinados sobre las inmensas turbas de los Persas.

Renovábase, pues, la memoria de los antiguos hechos; y excitados los Griegos por una parte contra los que les habian hecho traicion, resolvieron dar la libertad al Asia Menor; mientras que por otra parte Tisaférnes acudia para castigarlos por haber tomado parte en favor de Giro. Reunido con el sátrapa Farnabazo, atacó las ciudades eolias del Asia Menor; y estas recurrieron á Esparta, que sin dilacion alguna preparó fuerzas en el Peloponeso y en el Ática. Al Espartano Timbron que las mandaba tocó la peor parte; pero Dercilidas, su sucesor, condujo á los Griegos á la victoria; y aprovechándose hábilmente de la rivalidad entre Tisaférnes y Farnabazo, indujo al primero á una tregua separada. Tisaférnes faltó á ella tan pronto como lo consideró conveniente; mas por entónces tambien se levantaron en Esparta dos grandes capitanes.

Lisandro, aunque natural de Esparta, tenia las ideas de Atenas; parecía estúpida aquella vida selvática en un país de tanta hermosura y donde tanto abundaban las comodidades. Habiendo obtenido el mando, se propuso civilizar á su patria en vez de volverla á la barbarie establecida por Licurgo. Principió por llamar traficantes de todas partes á Éfeso, á la sazón reducida á la miseria, y pronto renacieron en aquella ciudad la abundancia y el bienestar (1).

Viendo luego que no podia luchar Esparta pobre y aislada contra todos, la proporcionó aliados de todas partes, mostrándose afable, y adoptando las costumbres de los mejores. Hizo que le diese Giro como recompensa el suficiente dinero para pagar un óbolo mas á cada marinero, y así consiguió atraer á su escuadra á los que servian en la enemiga. Entónces recorrió con ellas las costas, estableciendo por todas partes gobiernos aristocráticos, los únicos convenientes á Esparta; y de esta manera formó una liga de la cual era cabeza invisible. Sucedióle Calicátridas,

(1) Plut. en Lys. 3.

de principios rígidos, el cual poco afortunado disgustó á los aliados, y murió perdiendo la batalla de las Arginusas. Entónces todos los aliados y Giro pidieron de nuevo por general á Lisandro, que con actos de mala fe restituyó las cosas á su antiguo estado.

Agis, rey de Esparta, habia dejado un solo hijo, llamado Leotíquidas; mas porqué la pública voz lo atribuía á Alcibiades, Lisandro trabajó para que no se diera el trono por herencia, sino al mas digno, esperando ser el elegido. Y lo hubiera sido, si el oráculo no se hubiese opuesto, merced á lo cual fué elegido un hermano de Agis, cojo y de aspecto mezquino, llamado Agesilao. Pero bajo su deforme presencia se ocultaban una alma grande, elevados sentimientos, y una generosa ambicion, templada por su gran modestia y afabilidad. Viviendo como simple ciudadano, conservó las rígidas costumbres de Licurgo; y tanta era su popularidad, que los éforos le multaron porque se atraía el afecto de todos los ciudadanos, pareciendo que mas le pertenecian á él que á la república. Al paso que sus predecesores habian estado en constante lucha con los éforos y con el senado, él los veneraba como exactísimo observador de las leyes; y si la suya fué usurpacion, se la hizo perdonar, demostrando ser el único que podia mantener á Esparta en la alta posicion en que se habia colocado.

Habiendo sabido los Lacedemonios que el rey persa armaba contra ellos una escuadra fenicia, resolvieron mandar la suya á atacar la Persia, á las órdenes de Agesilao, primero entre los reyes de Esparta, desde Agamemnon, que se vió á la cabeza de las fuerzas unidas de la Elide, y que al partir juró, ó reducir al rey á una paz ventajosa, ó ocasionarle daños mortales. En lugar de los diez senadores que acostumbraban acompañar á la guerra á los reyes en el concepto de consejeros, pidió llevar treinta. Era uno de estos Lisandro; y como nadie habia hecho mas favores que él á los amigos y mas daño á los enemigos, era temido grandemente de estos y amado de aquellos; y los tiranuelos de Asia que se le reconocian deudores de su poder, lo respetaban mas que al propio Agesilao. Disgustado este, en vez de concederle toda la autoridad, como Lisandro se habia prometido, procuraba envilecerlo por todos los medios, llegando hasta nombrarlo superintendente de viveres. En suma, Agesilao representaba el partido de los viejos y estacionarios, mientras que Lisandro queria substituir á una legislacion estúpida, y ya ineficaz, otra mas conforme al espíritu de la época.

Tisaférnes recurrió á su acostumbrado artificio de los perjuros para perder á Agesilao; pero este, mas cauto, hizo caer sobre él todas las consecuencias, y lo derrotó en las orillas del Pactolo. La reina Parisátis, que odiaba mortalmente á Tisaférnes y á todos los que habian contribuido al desgraciado fin de su predilecto Giro, exhaló entónces el rencor gran tiempo oculto, y dijo tantas cosas contra el vencido, que el rey

mandó al fin matarlo y que fuese relevado por Titráustes en el mando del Asia Menor. Titráustes procuró ganarse á Agesilao con cuantiosos dones; pero la vida frugal de este no era la mas á propósito para dejarse tentar por el dinero; así es que únicamente consintió en dirigir con preferencia las armas contra la Frigia, en la que mandaba Farnabazo. En seguida, haciendo alianza con el rey de Egipto, rebelde á la Persia, impidió la organizacion de los grandes armamentos que de la Fenicia y la Cilicia pensaba sacar Artajerjes, cuyas escuadras ya no podian navegar en los mares del Asia. Vencido Farnabazo, los sátrapas, humillados, se rindieron á Agesilao; el cual, habiendo conocido los débiles fundamentos sobre que descansaba el imperio, concibió la idea de sojuzgarlo, y meditaba ya en los medios de hacerlo, cuando vió destruido su intento, no por el hierro, sino por el oro.

En efecto, conocedores los Persas por larga experiencia de lo mucho que podia el dinero sobre los Griegos, pensaron suscitar enemigos á Esparta en la misma Grecia, comprendiendo que la estrecha base sobre que Agesilao queria sostener tan gran mole no resistiria un golpe por ligero que fuese. Timócrates de Ródas, con una suma equivalente á doscientos mil francos, comprometió á Cílon de Argos, á Timoteo y Poliantes de Corinto, á Andróclides, Isménias y Galaxidoro de Tébas; los cuales comenzaron á levantar la voz contra la tiranía de Esparta, y á exagerar particularmente el sacrilegio cometido por esta, saqueando la santa tierra de la Elide, por el cual, decian, poco podia tardar el castigo del Cielo. Á la verdad, Esparta habia oprimido excesivamente á los Corintios, los Arcades, los Elidos y á otros aliados suyos en la guerra del Peloponeso, manifestando su ambicion de dominarlo todo; por lo cual encontraron eco las palabras de estos demagogos, y se formó una liga entre Corinto, Tébas y Argos, á la que no tardaron en adherirse los Tesalios y Atenas misma, excitada por Trasíbulo á consolidar su independencia con la victoria. Rompieron los Tebanos las hostilidades, y entónces Lisandro, que acudió á acampar delante de Aliarte, la plaza mas fuerte de la Beocia, atacado por los Tebanos y Atenenses, fué derrotado y muerto.

Murió á tiempo, porque con su comportamiento habia disgustado á los Espartanos, y mas aun con tratar de substituir al régimen real hereditario el electivo, bajo pretexto de favorecer el mérito con preferencia al acaso, pero con el verdadero fin de conseguir para sí aquella dignidad. Con este objeto habia hecho hablar á los oráculos y conmovido al pueblo, del cual obtuvo tanta veneracion, que se instituyeron fiestas en honor suyo. Disputándose sobre la propiedad de cierto territorio fronterizo entre Espartanos y Argivos, y dando cada cual sus razones, la razon está aquí, dijo Lisandro, señalando su espada. Lo devoró en sus postreros años el rencor contra su ingrato amigo Agesilao, á quien se habia figurado que podria con-

vertir en ciego instrumento, y que habia venido á ser su señor.

No guardó para sí las grandes riquezas que hizo llevar de Atenas á su patria; inútiles por lo demas, porque en Esparta no se podia obtener nada por dinero; pero por medio de ellas aspiró á cambiar las costumbres espartanas y á subir al trono (1). Los viejos lamentaban aquellas innovaciones; pero sus amigos hacian ver lo muy necesario que era el dinero para que el gobierno no se viese en la necesidad de ir á mendigarlo en lo sucesivo como habia hecho Calicátridas. Lisandro queria además poner á los ciudadanos en situacion de adquirírselo con su trabajo. La asamblea tomó un término medio, decidiendo que se conservase el dinero, pero solo para los negocios de la república; y que el particular que lo guardara para sí fuese reo de muerte. ¿Pero era posible que despreciara el ciudadano para sí lo que veía tan estimado para el público? El hecho es que Lisandro murió tan pobre, que dos ciudadanos, prometidos esposos de sus hijas, al saber sus escasas facultades, las desecharon; vileza por la cual quedaron infamados. Habiendo mandado á estas uno en donativo espléndidos vestidos, Lisandro les prohibió recibirlos diciendo: *Harian sospechar de vuestra virtud*. El rey Pausánias, al volver vencido del combate de Aliarte, fué condenado á muerte; y Agesilao llamado con gran prisa, anteponiendo á su gloria la obediencia, abandonó sus grandiosos proyectos sobre el Asia, y con cuatro millones y medio de francos y diez mil soldados regresó á la Grecia. El contacto con los Persas no lo habia corrompido; se sentaba sobre la yerba á comer su escasa racion con sus soldados, mientras se presentaban los embajadores del gran rey á ofrecerle en vano oro, vestiduras y manjares exquisitos (2).

Andando en un mes el camino que á Jérjes habia costado un año, venció á los coligados en Coronea y aseguró otra vez la primacia á Esparta; pero al mismo tiempo Pisandro, dejándose coger cerca de Gnido, habia sido derrotado por la escuadra de Conon. Este ilustre almirante ateniense, despues de perdida la batalla de Egospótamos, se habia refugiado en Salamina al lado de Evágoras, tirano de Chipre, y ayudádole á civilizar aquel país que ya no sentia la dependencia de la Persia sino por el leve tributo que le pagaba. Inflamado el corazon del Ateniense por el deseo de restaurar á su patria, manifestó á Evágoras la insigne gloria que le resultaria de humillar á Esparta, y de restablecer en su antiguo estado la ciudad de las artes y de la cortesía. Para conseguirlo, no le parecia

(1) Dionoro, XIV, 13, § 2; Plut. 21.

(2) Cuando el marques de Espinola y el presidente Ricardot iban al Haya en 1698 para negociar á nombre de España la primera tregua con los Holandeses, vieron salir de un barquichuelo á nueve ó diez personas, sentarse á la orilla, y ponerse á comer pan y queso y á beber cerveza, que cada uno habia llevado consigo. Preguntaron á un paisano quiénes eran: *Son los diputados de los Estados Unidos, nuestros amos*; los embajadores, exclamaron entónces: *Con gente de esta especie no será fácil el triunfo, mejor será hacer la paz*.

406.

Agesilao. 400.

Muerte de Lisandro.

395.

396.

Batalla de Coronea. 391.

Vuelta de Conon.

bajeza el recurrir á los extranjeros, y Evágoras y Farnabazo lo recomendaron al gran rey, precisamente cuando Agesilao ponía en peligro la fortuna de los Persas. Conon se le presentó, despues de haber sido dispensado de postrarse á sus piés, costumbre oriental insufrible para los Griegos; le manifestó la necesidad de un poderoso armamento en el mar, y obtenido el dinero necesario, reunió con admirable presteza naves fenicias y jónicas, y derrotó á Pisandro. Así perdió Esparta la primacía del mar ganada en los veintisiete años de la guerra del Peloponeso. Conon, despues de haber conquistado las Cicladas y Cítères, y asolado las costas de la Laconia, echó el ancla en los puertos largo tiempo desiertos del Pireo, Falera y Muniquia, y reedificó los muros de su patria.

Esparta llevó tan á mal estos sucesos, como era de esperar; y viendo no ser bastante la fuerza, recurrió á la intriga. El Espartano Antálcidas, émulo de Agesilao, y deseoso de quitar á este la ocasion de señalarse en la guerra, tomó á su cargo la empresa de presentarse como embajador al rey de Persia é infundirle sospechas contra Conon. Antálcidas era uno de esos hombres de carácter ligero que saben cubrir de flores la senda de la depravacion; agudo y elocuente, se burlaba de las austeras leyes de Licurgo, y hacía reír á la corte persa con los nombres de Leónidas, Calicrátidas y Agesilao ante los cuales habia temblado. Despues de largo tiempo de intrigas, concluyó al fin el tratado de paz que lleva su nombre, y en el cual se establecía que « las ciudades griegas » del Asia Menor, Chipre y Glazomene, quedarían bajo el dominio de la Persia; que Aténas conservarían su jurisdiccion sobre Lémnos, Ímbros, y Sciros, quedando libre la Grecia europea para gobernarse á su modo, y que Esparta haría la guerra á los que no se atoviesen á dichos pactos. »

De esta manera Esparta dejaba á los extranjeros árbitros de la Grecia, y reconocía vilmente la esclavitud de aquellos Estados por cuya libertad tanta sangre y tanto valor se habian prodigado. Dicese que los Griegos no podían mantener independientes aquellas provincias, y en efecto era imposible que lo hicieran mientras durasen sus discordias intestinas; pero ¡desgraciada la tierra libre que remacha las cadenas de otra! El Persa, renunciando á la tiranía sobre las otras ciudades de la Grecia, hacía lo que le aconsejaba una larga y dolorosa experiencia; y el habersele cedido las colonias de Asia, indicaba que en Grecia no predominaba ya el poder marítimo sino el terrestre (1).

Con la última condicion del tratado, Esparta se aseguró la primacía sobre la Grecia, y encon-

(1) Dos años despues de la paz de Antálcidas decía Isócrates en el *Panegirico*: « Ahora él (el rey de Persia) domina á la Grecia, dispone lo que ha de hacer cada uno, y le falta muy poco para poner guarnicion en las ciudades. ¿Qué falta, pues, para nuestra mengua? ¿No es él señor de la guerra, dictador de la paz, árbitro de cuanto entre nosotros sucede? En

tró pretexto para ser socorrida por el gran rey en la obra de mantener aquella paz. Pero no podia llamarse paz aquel pacto, pues que Artajerjes movió guerra á Evágoras, á quien hizo matar porque con la ayuda de los Arabes y Egipcios, y con las grandes riquezas que habia acumulado, queria hacerse independiente. Por otra parte, Aténas y Esparta sostuvieron entre sí una lucha que duró por espacio de ocho años, fomentando las disensiones de Corinto y de sus emigrados con las ciudades de Macedonia y de Olinto; y el orgullo de Esparta multiplicaba las causas de descontento, que le produjeron nuevos desastres.

CAPÍTULO XVII

La Beocia. — Epaminondas.

Ocupaban los Beocios el valle inferior del Cefiso, alrededor del lago Copai, y la llanura desde el Helicon al Citeron, al Parneto, al Cericio, y al Pto; país regado y fértil como pocos. Dicho lago debió de inundarla en otros tiempos, y para protegerla de nuevos desastres, los Beocios abrieron pozos en el monte Pto. Tributábase allí un culto especial á Narciso y á las tres musas Meleta, Mnemea y Aidea, esto es, meditacion, memoria y narracion; y teníase á la Beocia por patria de Atena, de Armonia, del ciego Tirésias, y de su hija Manto, símbolos de la poesía profética. Desde Tébas se difundió el alfabeto por Europa; el edificio que en Orcomene encerraba el tesoro de Minio daba muestras de una antiquísima habilidad arquitectónica. Bellísimas esculturas adornaban á Tébas, y riquísimas tripodes al templo de Hércules; y en tan pequeño ámbito se levantaban mas ciudades que en parte alguna de la Grecia. Andaban en mala opinion el aire grueso y los ingenios obtusos de la Beocia; presentábase en la escena á su Hércules, como un conjunto de fuerzas físicas y glotonería; y á pesar de esto, de ella salieron Anásides, Dionisodoro y Plutarco, historiadores; Píndaro, Corina y Hesiodo, poetas, y los consumados guerreros Epaminondas y Pelópidas. No se tenía mejor opinion del carácter de los Beocios, llamándose envidiosos á los Tanagreses, avaros á los Oropeyos, á los Tespiotas quimeristas, orgullosos á los Tebanos, amigos infieles á los Coroneos, jactanciosos á los Plateenses, é insustanciales á los de Aliarte; acusaciones injustas por lo mismo que eran generales y cuya causa no se acierta, á no atribuir la rivalidades de aquellos países. Podemos además ver en esto un indicio de que la poblacion se renovó á menudo, como país situado en el camino de las tribus septentrionales. Los Beocios no atendieron al comercio ni á la navegacion, aunque deberian haberles aficionado á entrambas cosas

» nuestras contiendas civiles, ¿no recurrimos para salvarnos » al mismo que quisiera vernos á todos aniquilados? ¿No na- » vegamos hacia él para acusarnos los unos á los otros? ¿No » hablamos de él como una grey de trémulos esclavos llama- » dole el gran monarca? »

las colonias egipcias; y entre ellos estaba excluido de las magistraturas el que no hiciera diez años que hubiese dejado de ocuparse en todo comercio. Las artes estaban reglamentadas por ordenanzas especiales, y una de ellas castigaba al pintor ó escultor que no respetase la decencia. La música y el baile entraban en la educacion general, y se concedían premios á los poetas mas aventajados.

Conocidas son por su fabulosa fama las primeras vicisitudes de la Beocia y de Tébas. Despues que esta fué conquistada por los Egipcios, los Beocios colios, rechazados por las hordas procedentes de Tracia, pasaron de la Tesalia al país que de ellos tomó el nombre. El último de sus reyes fué Xuto, despues del cual la Beocia se dividió en tantos Estados como ciudades, siendo las principales Tébas, Platea, Tespia, Tanagra y Queronea.

Parece que en tiempo de la guerra de Média dominó en todas ellas la oligarquía; despues fluctuaron entre esta y la mas libre democracia, sin que pudiera consolidar su constitucion Filolao de Corinto, el cual dictó leyes fundadas principalmente sobre la educacion de la juventud y sobre la igualdad de las propiedades, asegurada por medio de las trabas que puso á la venta de los fundos. Entre algunas comunidades se formó despues una confederacion en las religiosas juntas Panbeóticas, á que concurrían diputados de Platea, Queronea, Tespia, Tanagra, Coronea, Orcomene, Livadia, Tébas y Aliarte; y cada una de las ciudades elegía un beotarca, y Tébas dos y aun tres, que constituían el consejo de los Once, destinado á preparar y ejecutar las leyes nacionales. El mando supremo de la liga y de sus fuerzas debía desempeñarse alternativamente por un representante de cada ciudad. Tébas con la guerra trocó la primacía en dominio; mas la envidia y su viciosa constitucion impidieron que la Beocia ocupase entre las repúblicas de Grecia el puesto á que estaba destinada por su extension y su poblacion. Así es que cuando entre los Beocios apareció un grande hombre, se colocó este país en el primer lugar; pero dejó de ocuparlo con la caída de aquel.

Esparta, dispuesta á aprovecharse de la paz de Antálcidas, mandó á los Mantineos que demantelasen su ciudad y se dispersasen por las aldeas; y negándose ellos á obedecer esta orden, los obligó á ejecutarla á la fuerza. Lo mismo hizo con los de Fliunte, que restablecieron en las montañas su independencia. Despues envió soldados en auxilio de Acanto y Apolonia contra la poderosa ciudad de Olinto, que despues de cuatro expediciones se vió obligada á rendirse.

Fébidas, general espartano, marchando contra Olinto, acampó junto á Tébas, y apoyado por los aristócratas, enemigos de los partidarios de Aténas y de la democracia, ocupó á traicion la ciudadela, llamada Cadmea, del nombre de su antiquísimo fundador. Esta violacion del derecho de gentes no se habia ejecutado por mandato de Esparta; mas cuando se hicieron recla-

maciones, respondió Agesilao *que se debía examinar si la cosa era útil y hacer lo que á la patria conviniera*. Este mismo Agesilao era el que habia dicho: *Ese rey de Persia á quien tanto ensalzáis, ¿es acaso mas grande que yo cuando soy justo?*

Así, pues, los Espartanos, con una política de que no faltan ejemplos en nuestros días, destituyeron á Fébidas, lo multaron en diez dracmas, pero conservaron en su poder la ciudadela, la guarnecieron, y favorecieron á los oligarcas, quienes con destierros, confiscaciones y muertes oprimieron por espacio de cinco años á su patria.

Cuatrocientos Tebanos poseidos de la desesperacion se habian refugiado en Aténas, entre los cuales se hallaba Pelópidas, jóven lleno de valor y de virtudes, y anheloso de libertar á su patria. Este, despues de haber reunido á los emigrados, y de haberse puesto de acuerdo con sus amigos de Tébas, entró furtivamente en la ciudad, mató á los magistrados traidores, abrió las prisiones y proclamó la libertad de los ciudadanos. En premio de esta hazaña, cuando se presentó ante ellos el ilustre desterrado con sus compañeros, todos se levantaron; los sacerdotes les ofrecieron coronas, y un grito unánime aplaudió á los restauradores de la libertad.

Entonces se les asoció Epaminondas, uno de los héroes mas completos de la Historia, y que bastaría por sí solo para hacer el elogio de aquella escuela de Pitágoras que tendía á formar hombres y ciudadanos, en vez de charlatanes y teóricos. Instruido tanto en las ciencias como en las artes útiles, contento con su honrada pobreza, generoso, no falto de consejo, fuerte contra los peligros sin buscarlos, firme en sus convicciones, moderado como hombre de partido, los tiranos lo habian respetado por inofensivo, oponiéndoles él aquella resistencia pasiva con que el filósofo contrasta á los poderosos de quienes no puede huir. Si tuvo conocimiento de la conjuracion, no tomó parte en ella; mientras se combatía por las calles, se estuvo en su casa para no contaminarse con sangre ciudadana. Pudieron llamar bajo y cobarde, pero el éxito lo justificó (1); porque apenas dejó de ser civil la lucha, y se trató de expulsar al opresor, tomó el mando de los insurgentes, los guió á la victoria, recuperó la ciudadela Cadmea, y reuniendo los guerreros de todas las ciudades de la Beocia, socorrido por Aténas, se preparó á hacer frente á los Espartanos. Estos avanzaban con terrible lentitud guiados por Cleombroto II y Agesilao, tanto, que arrepentidos los Atenientes ya se retiraban,

(1) SERAN DE LA TOUR, *Historia de Epaminondas* (en frances). París 1752.

MEISSNER, id. (en aleman). Praga 1801.
J. G. SCHEIBEL, *Memoria para el mas exacto conocimiento de la antigüedad*, (en aleman) 1809. Se divide en dos partes: una que trata de Corinto, y la otra de Tébas.

La vida de Epaminondas fué escrita tambien por el compilador conocido con el nombre de Cornelio Nepote.

1505.

1126.

Legislacion de Filolao. 728.

382.

Pelópidas.

378.

Epaminondas.

Paz de Antálcidas. 388.